

Así el miedo y la noche se disipan:
y las campanas marcan la hora nona:
 las colegialas cruzan ya la luz
y tocan lo innombrable y lo Divino.

¡Ve detrás de mí, Sombra de la Muerte!
¡Aguarden un momento, Eternidades!
Que ya están conmigo la mañana y el
 aliento apresurado de las niñas.

“Las colegialas a toda prisa”

JOHN SHAW NEILSON

1967

“Let it All Hang Out”¹

THE HOMBRES

¹ El título de la canción contiene un juego de palabras en la novela. “Let it all hang out” es una frase que podría traducirse como “suéltate el pelo”; es decir, alocarse un poco. Pero “to hang out” también significa “tender la ropa”.

Uno

Todo en un día de verano

El día comenzó con el ahorcamiento de un hombre y terminó con el ahogamiento de otro. Pero cada año la gente muere y sus fantasmas deambulan por los jardines públicos; se esconden detrás de las estatuas grises y oscuras como gatos salvajes, sus pequeños pasitos y su secreta respiración se amortiguan por el sonido del caer del agua de las fuentes y de los lagos tranquilos.

—El día de hoy —dijo la maestra Renshaw— saldremos al hermoso jardín para pensar en la muerte.

Las niñas se sentaron en filas al sonar de las campanas que indicaban el inicio de clases. Su maestra hizo una pausa con gravedad. Se miraron para revisar las impecables corbatas a rayas que llevaban en el cuello y el cabello bien peinado.

—Tengo que decirles que el día de hoy se ha cometido un acto propio de la barbarie —dijo la maestra Renshaw—. A las ocho de la mañana un hombre fue ahorcado.

¡Ahorcado! La maestra Renshaw llevaba un periódico doblado en la mano. Dio un golpe con él en el pizarrón. Se hizo una nube de polvo y las niñas brincaron en sus asientos.

—¡En Melbourne!

¡En Melbourne! En realidad, no sabían dónde quedaba Melbourne. Para ellas, Melbourne era como una ciudad lejana; era Florencia o Venecia, una ciudad al sur, dorada y llena de flores. Pero ahora sabían que era cruel y sombría, llena de homicidas, criminales y asesinos del estado. En Melbourne había una prisión con un muro muy alto y detrás de él, en el patio, había una horca, y a las ocho de la mañana de ese mismo día habían ahorcado ahí a un hombre llamado Ronald Ryan.

Ahorcado... Ve tú a saber qué otras cosas sucedían en Melbourne. Eso decía Cubby. Pero Ícara, que había ido una vez a Melbourne con su padre en un tren que tardó toda una noche en llegar, negó con la cabeza.

—No es así para nada —dijo—. Es igual que aquí, sólo que allá no hay tantas palmeras.

Hay que confiar en Ícara, que se fija en cosas tan particulares como las palmeras, mientras las personas son asesinadas en las calles o se las llevan y las ahorcan, pensó Cubby.

La maestra Renshaw les hizo una seña a las niñas para que se pusieran de pie y se acercaran al frente. Con sus calcetas blancas bien estiradas hasta las rodillas se colocaron alrededor de ella.

—¿Qué hizo el hombre, maestra Renshaw? —preguntó Bethany, la niña más bajita del salón. Tenía unas piernas pequeñas, unas manos pequeñas y una cabeza muy pequeña. Pero sus ojos eran luminosamente grandes—. ¿El hombre al que ahorcaron?

—No hablaremos de eso por ahora —dijo la maestra Renshaw evitando la mirada de alarma de Bethany—. ¿Ustedes creen que está bien aprehender a un hombre y ahorcarlo, a sangre fría, a las ocho de la mañana? Sin importar lo que haya hecho.

Las niñas estuvieron de acuerdo en que eso sonaba como algo muy cruel; especialmente a las ocho de la mañana de un día tan bonito y caluroso, cuando todo estaba tan lleno de vida. Era mejor ahorcar a una persona en la noche, cuando todo ya era triste y oscuro.

La maestra Renshaw volvió a dar un golpe con el periódico, pero esta vez sobre el escritorio. Las niñas retrocedieron.

—Así es, niñas, saldremos a ese maravilloso jardín para reflexionar acerca de la muerte.

La maestra Renshaw está loca, eso es lo que decía la mamá de Cubby. Aun así, tienes que hacer lo que te pida, Cubby. Recuerda que ella es la maestra.

—¿Y qué tal que nos pide que nos arrojemos al río siete veces para curarnos de lepra? —le preguntó Cubby recordando el relato de la Biblia que Amanda, una de las prefectas mayores, les había leído en voz alta en la capilla.

Éste envió a un mensajero a decirle: “Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio”.

La voz de Amanda se había alzado como humo detrás del águila de madera sobre la cual se encontraba la Versión Estándar Revisada de la Biblia. Amanda significaba “apta para ser amada” en latín; eso les había dicho la maestra Renshaw.

Ella era “apta para ser amada”, con esas trenzas largas y hermosas como la cuerda que los marineros arrojaban, para atar el ferry al muelle, en el trayecto de la casa a la escuela. Todos admiraban a Amanda y no sólo por su cabello.

—Bueno, vamos paso a paso —dijo la madre de Cubby—. Primero veamos si te da lepra.

La maestra Renshaw dejó el periódico sobre el escritorio y dio un paso al frente. La maestra Renshaw era alta, noble y fuerte. Tenía el cabello rojo y mullido. Era como un león. Se paró junto a la puerta del salón para esperar a que las pequeñas encontraran sus sombreros de ala ancha con listones azules, previo a que abandonaran la seguridad que les proporcionaban las instalaciones de la escuela.

El suyo era un grupo muy pequeño. Sólo había once niñas; como once hermanas de la misma edad en una familia grande. Cubby, Ícara, Martine, Bethany, Georgina, Cynthia, Elizabeth, Elizabeth, Elizabeth, Elizabeth y la silenciosa Deirdre. Como era un grupo muy pequeño, les habían asignado un salón igualmente pequeño en la parte alta de la escuela; ubicado hasta el cuarto piso, bastante entrado en el cielo, como una colonia de pequeñas aves que anidan en un acantilado, sacudidas por el viento acompañado de los fuertes sonidos de la ciudad que subían por la colina en la brisa del océano.

—¡Niñas! —les gritó la maestra Renshaw alisándose el cabello, mientras corrían escaleras abajo haciendo alboroto durante sesenta y siete escalones en total—. Tómense de las manos y no corran.

Cubby tomó a Ícara de la mano, tal como lo había hecho en su primer día de clases, sola y aterrada. Cubby prefería

estar con Ícara que con Martine o Georgina o Cynthia o Bethany o Deirdre o Elizabeth o Elizabeth o Elizabeth o Elizabeth, aunque esta última Elizabeth le caía bien; tenía un hermanito que no podía caminar y debía ir a una escuela especial a bordo de un autobús especial. Una vez Cubby había ido a su casa cuando su hermanito estaba ahí y ambas lo habían llevado hasta el jardín en su silla de ruedas y ¡cómo lo había disfrutado el niño! Casi se le doblaba el cuello para atrás de la risa; se reía a todo pulmón como una cucaburra.

Las niñas se desplazaron del salón al patio de juegos como una nube, y ahí esperaron tomadas de la mano, como les habían enseñado, frente a la puerta amarilla que conducía al ancho mundo. La maestra Renshaw se movía entre ellas a lo largo del camino de piedras. Traía un vestido rojo carmesí que tenía un estampado geométrico de cuadros y triángulos entrelazados en colores verde y púrpura. También traía un collar de piel con un ámbar en forma de lágrima que brillaba a la luz del sol.

—Muy bien, niñas —dijo la maestra Renshaw—. Sin gritar, chillar ni dar de alaridos. Recuerden que fuera de estos muros, ustedes representan a la escuela.

Quitó la tranca. La puerta se abrió produciendo un suave rechinado y las niñas salieron disparadas; once colegialas con sus sombreros redondos, con las calcetas a medio caer, tomadas de la mano, como una cadena de muñecas de papel.

La maestra Renshaw dio unos cuantos pasos y se colocó majestuosamente hasta delante, con su vestido rojo y geométrico. No le era difícil seguirles el paso, a pesar de

que ya era una mujer mayor. Aunque en realidad no era tan grande como otras maestras de la escuela. Qué asustada llegó Cubby en su primer día de clases; ¡nunca había visto a tantas ancianas juntas! Con sus cabellos blancos, grises e incluso amarillos, y olían a perfumes antiguos, polvos de arroz y cigarros. Una maestra estaba tan jorobada que parecía una lavandera de cuento, con el rostro siempre hacia el piso, escabulléndose en los pasillos de linóleo con unos libros bajo el brazo, murmurando cosas para sí misma. Otra llevaba una red en el cabello —Cubby nunca había oído cosa semejante— y varias llevaban algunos chongos apiñados en la punta de la cabeza, coronando sus rostros poderosos y antiguos, como las mujeres africanas que aparecían en los libros y que cargaban cántaros de agua desde el pozo.

Las niñas corrían por el camino detrás de la escuela, entre los olorosos montones de basura y las alcantarillas que borboteaban. Corrían entre hombres descalzos y adormilados, entre mujeres medio desnudas que fumaban en los porches de las casas y frente al pequeño muro afuera de la iglesia descarapelada que se encontraba bajo las sombras de las torres de departamentos. Sus zapatos negros repiqueteaban al bajar las escaleras de arenisca, mientras se dirigían hacia los árboles y al agua burbujeante de los Jardines del Memorial de Ena Thompson.

—¡Esperen! —gritó con voz de trueno la maestra Renshaw cuando las niñas llegaron al borde de la banqueta—. ¡No se crucen la calle hasta que yo les diga!

Los autos pasaban. Un perro no paraba de ladrar. Todas chocaron entre sí al acomodarse en la banqueta; esperaron.

—Quédense quietas para que pueda contarlas —dijo la maestra Renshaw—. ¿Se nos perdió una?

Al otro lado de la calle se alzaba sobre ellas la cerca enredada que tenía unas palabras en espirales de metal, pintadas de dorado en forma de arco. De la “M” de “Memorial” colgaba una telaraña brillante. La maestra Renshaw sostuvo una mano en lo alto, sus largos dedos se movían como unas pálidas serpentinas de papel.

—Diez, once. Bethany, tu sombrero está sucio. Elizabeth, sí, tú, Elizabeth, súbete las calcetas. Cubby, traes las agujetas desamarradas. No estoy dispuesta a llevar a unas niñas tan mugrosas a un lugar público. Recuerden para qué han venido aquí.

¿Para qué habían venido? Se miraron unas a otras con el ceño fruncido. Ah, sí, para reflexionar acerca de la muerte...

—Miren para ambos lados y crucen con cuidado.

Cubby se agachó para amarrarse las agujetas. Con la cabeza en esa posición alcanzó a ver un poco de agua a través de la cerca y la vegetación; partes del gran océano Pacífico que pasaba en olas heladas de un color gris acero y que se extendía más allá de los yates, los transbordadores y los botes de remos, más allá de las Cabezas de Sídney, de Taití, de las islas Sándwich, pensó Cubby, donde el capitán Cook navegó en su pequeño bote y fue devorado.

—¡Espérame, Ícara! —gritó Cubby enderezándose a verla que cruzaba el camino dando brincos a través del aire tibio con olor a púrpura. Sintió que una de sus agujetas aún no estaba bien amarrada, pero no había tiempo para detenerse y arreglarla.

—¡Ícara, Cubby! ¡Manténganse juntas! —les gritó la maestra Renshaw detrás.

Espérenme.